

están privados de ella, y que la Providencia ha formado principalmente para aquellos el universo.

Los Magistrados que tienen la intendencia de los mercados, se emplean privativamente en las necesidades de los hombres: sin embargo á varias especies de animales aprovecha la abundancia de los víveres. Pues á este modo, la Providencia provee especialmente á las necesidades de los seres racionales; de donde resulta que las bestias hacen tambien uso de las cosas destinadas para el hombre. Sería un agravio hecho á los Magistrados, que los representásemos tan interesados por las bestias como por los hombres: pero Celso y sus sectarios son todavía mas culpables respecto de Dios, de quien afirman, que tan presentes tuvo á las plantas y á los animales, como á los hombres.

N. 75. Celso, como buen Epicuréo, no cree que el trueno, los relámpagos ni la lluvia dimanen de Dios. *Y aun quando lo concediera, dice, siempre es cierto, que el mundo no es mas para los hombres, que para los árboles, las yerbas y las espinas.*

Aquí se ve claramente, que Celso niega la Providencia, ó á lo sumo admite una, que no mira con mayor cuidado al hombre, que á los árboles, á las yerbas y á las espinas. Ambos á dos sistemas son manifiestamente impíos; y sería locura mia ponerme á responder á un hombre, que no puede acusarnos de impiedad, sino es que

sea sentando tales principios. Facilmente se puede ver quién de nosotros dos es impío.

»¿Quereis, insiste, que los árboles, las yerbas y las espinas sean para el hombre? ¡Ah! ¿Por qué, decidme, no han de poder ser igualmente para los animales, y aún para los animales mas feroces?»

Dexemos que Celso atribuya al concurso fortuito de los átomos; esta variedad infinita de frutos de la tierra y de plantas de todas especies: dexemos que niegue, que esto anuncia cierto arte, cierto designio y una inteligencia muy superior á nuestra admiracion. Nosotros, fieles adoradores del Dios criador del mundo, tributemosle gracias, porque ha preparado una mansion semejante, no solamente para nosotros, sino tambien para los animales que nos sirven. »El Señor hace que la tierra produzca yerba para alimento de los animales que sirven al hombre; pan, para alimentar al hombre mismo; vino, para regocijarlo, y aceyte para perfumarlo.“ (Sal. 103.)

No es de extrañar que la Providencia haya tambien tenido cuenta del alimento de los animales, aun de los mas feroces. Muchos Filósofos convienen en que estos animales son para el hombre, supuesto que están destinados para exercitar al hombre. Uno de nuestros Sábios se explica así: »no digas, ¿qué es esto, y por qué existe? A su tiempo se sabrá la razon de todo.“ (Ezeq. 39.)

N. 76. Celso, que siempre insiste en que la Providencia tiene igual cuidado de los animales que del hombre, continúa de este modo: «Nosotros no podemos procurarnos el alimento, sino es que sea á fuerza de trabajos y sudores; siendo así que la tierra, sin que haya necesidad de sembrarla y cultivarla, ofrece por sí misma á los animales todo lo que necesitan.»

Dios quiso exercitar la industria y actividad del hombre, y lo crió con muchas necesidades, para forzarlo de este modo á que inventase las artes, que lo alimentan, lo visten y lo albergan: porque sin duda era mas util al hombre trabajar para socorrer á sus necesidades, que vivir ocioso y lleno de desidia en el seno de la abundancia. Así es que nuestras necesidades han producido todas esas artes tan preciosas: el arte de labrar, el arte de cultivar las viñas y los jardines, el arte del carpintero y del herrero, que nos procuran todos los instrumentos necesarios para la vida; el arte de hilar, cardar, y fabricar telas; la arquitectura; finalmente la navegacion, que transporta las producciones de un país á otro que carece de ellas. Por tanto es digna de admiracion la Providencia, que entre tantos animales faltos de razon, solamente hizo nacer en la necesidad al animal racional; y todos los demás encuentran sin trabajo su alimento, porque no son del caso para las artes. Por la misma razon, la naturaleza los ha cubierto á todos;

á unos, de pelo; á otros, de pluma; á estos, de conchas ó de escamas.

N. 77. «Quizá me opondréis, continúa Celso, aquel verso de Eurípides: *El dia y la noche sirven á los mortales.* ¿Y por qué no se ha de decir lo propio de las moscas y de las hormigas, que así como el hombre, descansan por la noche, ven y trabajan por el dia?»

Ya no son los Judíos y Christianos los únicos, á quienes debe impugnar Celso, porque tambien está de parte de ellos aquel Poeta, llamado por antonomasia *el Filósofo Dramático*, que aprendió de Anaxágoras la Filosofia... El dia y la noche son, pues, para uso del hombre; y no porque las moscas y las hormigas descansan por la noche y trabajen por el dia, se sigue que el dia y la noche se hayan hecho para ellas, ni menos que la Providencia las haya mirado, como á fin de sus obras.

N. 78. «Si hay quien pretenda, continúa Celso, que nosotros somos los reyes de los animales, porque los cazamos, y cubrimos con ellos nuestras mesas, se le puede responder: ¿por qué no se ha de decir tambien que nosotros hemos sido hechos para los animales, puesto que igualmente nos agarran y nos devoran? Y con esta diferencia, que ellos sin socorro ninguno, sin otras armas que las que han recibido de la naturaleza, triunfan de nosotros con facilidad; y nosotros necesitamos de armas, de socorros ex-

»traños, de redes, perros, y una turba infinita  
»de cazadores, para vencerlos.“

Bien conoces, que la inteligencia que naturaleza dió al hombre en patrimonio, es superior á las armas que las bestias recibieron de ella; y aunque es cierto que hay muchas mas fuertes que nosotros, y de un tamaño prodigioso, como por exemplo, los elefantes, con todo sabemos someterlas á nuestro imperio; y á fuerza de alhagos amansamos á las que pueden ser amansadas: y en quanto á las demás, ó las que de nada serviría que las domesticásemos, procuramos ponernos á cubierto de su violencia, las encerramos con seguridad, y quando queremos alimentarnos de ellas, las matamos con la misma facilidad que á los animales domésticos. Vease cómo el Criador lo ha sometido todo al hombre. Nosotros nos servimos de los perros, para que guarden nuestros ganados y nuestras casas; nos servimos de los bueyes para cultivar la tierra, y de las bestias de carga para conducir toda especie de fardos. Por lo que hace á los leones, osos, leopardos, jabalíes y demás bestias feroces, la naturaleza las ha destinado para que despierten y mantengan aquel sentimiento de valor que ha derramado en nuestros corazones.

»Por lo menos, dice Celso, antes que hubiese  
»ciudades, antes de la invencion de las artes  
»y de la formacion de las sociedades, antes que  
»hubiera armas y redes, los hombres no cogian

»á las bestias feroces, sino que estas los cogian  
»á ellos y los devoraban.“ (a).

Notese ante todas cosas, que el hombre es superior á la bestia por la inteligencia y la razon, y que la bestia debe su superioridad á la fiereza: lo que basta para que haya una notable diferencia entre el hombre y los demás animales. Además de esto; no ve Celso que se contradice á sí mismo? Porque si sostiene que el mundo es eterno, ¿cómo es posible que señale un tiempo, en que las artes y las ciudades no existian? Pero si ha hablado de este modo, por acomodarse á nuestra opinion, sepa que nosotros reconocemos una Providencia, un Dios que preside á todo, y que por consiguiente habrá guardado y preservado siempre al hombre...

N. 8o. Nosotros sabemos efectivamente, por los escritos de Moysés, que los primeros hombres conversaban familiarmente con Dios, y que él les enviaba frecuentemente sus Angeles. Correspondia que la bondad y justicia de Dios velasen

(a) Ha habido por ventura tiempo, en que los primeros hombres, desprovistos de ciencias, de experiencia, y de toda especie de medios, no pudiéron, sin el auxilio divino, inventar las artes, para libertarse del furor de las bestias y domarlas.

especialmente por la seguridad del hombre, hasta que la invencion de las artes y los progresos de las ciencias lo pusieron en estado de defenderse á sí mismo, y de no necesitar del socorro de los Ministros del cielo.

N. 81. Nuestro sábio Adversario no repara, que impugnando nuestra doctrina, no menos impugna la de un número considerable de Filósofos, que de acuerdo con nosotros reconocen la Providencia: ni repara tampoco la grande impiedad que hay en decir, que Dios no distingue al hombre, de la abeja ni de la hormiga.

»Si se pretende, dice, que el hombre se diferencia de la abeja y de la hormiga, porque  
 »habita en ciudades, tiene leyes, y obedece á  
 »cabezas y Magistrados; ¿qué prueba puede darse mas insubsistente? Porque lo mismo se nota  
 »con la mayor exáctitud entre las abejas y las  
 »hormigas. Las abejas tienen un rey á quien hacen la corte; en sus estados se dan batallas,  
 »se consiguen victorias, y se pasa á degüello á  
 »los vencidos: las abejas tienen ciudades, arrabales, trabajos en que se ayudan unas á otras;  
 »hay castigos contra los ociosos y los malos; finalmente destierran y dan muerte á los zánganos...“

Quando así habla Celso, bien se conoce que ignora la diferencia que hay entre las obras de la razon y de la sabiduría, y lo que se hace ciega y maquinalmente. No hay que buscar

razon en las obras de las bestias que carecen de ella. El Hijo de Dios, que es antes de todos los tiempos Rey del universo, crió á los animales privados de razon, para que sirvieran á los que están dotados de ella. Los hombres construyeron ciudades en que florecen las artes, y reynan las leyes; están sometidos á Xefes y Magistrados; se ven entre ellos acciones virtuosas. ¿Se halla algo de esto entre las hormigas y las abejas? No por cierto; y es un abuso, que Celso hablando de ellas, emplee los nombres de gobierno, ciudades, y magistraturas, que no convienen sino á seres inteligentes. Las abejas y las hormigas no merecen elogios; pero es digna de admiracion la Divinidad, que ha puesto en ellas una imágen de la razon, y por medio de ellas ha querido instruir ó confundir á los hombres. El exemplo de la hormiga les enseña la economía y el amor al trabajo; el de la abeja los convida á la subordinacion, y á repartir los trabajos necesarios para el mantenimiento de la sociedad.

N. 82. Acaso la imágen de las guerras que se advierten entre las abejas, suministra tambien á los hombres lecciones acerca del modo de hacer la guerra, si es que hay necesidad de que haya guerras. Por lo que hace á las ciudades y arrabales, no hay que temer que se encuentren entre las abejas; pero es constante que ellas trabajan sucesivamente, con mucha industria, en sus celditas hexágonas, donde encierran la miel, que

es tan provechosa á los hombres, ya como remedio, ya como alimento. Ni se debe comparar el mal trato que ellas dan á los zánganos, con los juicios de los hombres, y con los castigos de los malos y de los ociosos: pero es preciso, como ya una vez he dicho, admirar á la Divinidad en estas bestiezuelas; y al mismo tiempo colmar de alabanzas al hombre, que ha podido abrazar el conocimiento y dirección de tantas cosas; y que no solamente es ministro de los designios de la Providencia, sino que tambien él tiene sus miras, y por decirlo así, su providencia.

N. 83. Despues que Celso ha hecho todos sus esfuerzos por degradar al hombre, y lo que hay mas digno entre los hombres, comparandolo con la abeja; pasa al elogio y paralelo de la hormiga.

Intenta rebaxar nuestra prevención, nuestra economía, y los servicios que nos hacemos recíprocamente, manifestando que todo esto se halla en la hormiga: mas ¿no debia contenerlo á lo menos el temor de menoscabar este comercio de socorros y servicios tan necesario en la sociedad? Qualquiera lector que vea las observaciones de Celso acerca de este asunto, no podrá menos de decir: ¿de qué sirve socorrer á los demás y aliviarlos, para que luego nos comparen con la hormiga, que alivia tambien á su compañera, quando la ve fatigada ó muy cargada?

Celso no reflexiona, que queriendo retraer á los hombres de la profesion del Christianismo, los retrae de aquellos oficios de beneficencia que deben exercer con sus semejantes. Un Filósofo que conoce las necesidades y obligaciones de la sociedad, en vez de destruir el Christianismo, y con él lo que hay de mas ventajoso para la humanidad, debia por el contrario inspirar el amor y la práctica del bien obrar, ya sea entre los Christianos, ya entre los Gentiles.

La precaucion con que las hormigas separan los granos que fructifican, para que no corrompan á los otros, no prueba que estos animalejos tengan discurso; pero sí manifiesta al Autor de la naturaleza, que hasta en los insectos mas despreciables ha dexado rastro de su sabiduría infinita.

Quizá Celso, que se nos quiere vender por Discípulo de Platón, pretende insinuar con estos paralelos, que todas las almas son semejantes, y que no hay diferencia alguna entre la del hombre y las de la abeja y hormiga; que las almas, en una palabra, descenden de los cielos para animar indistintamente, así los cuerpos de las bestias, como los de los hombres. Pero los Christianos están muy lejos de deslizarse en una opinion tan absurda: porque como saben que nuestra alma ha sido hecha á imágen de Dios, no pretenden borrar aquellos rasgos augustos (empresa que sería imposible), para en su lugar subs-

tituir los de los animales privados de razon, y formados segun yo no sé qué modelo.

N. 84. Por lo demás, quanto Celso prodiga mas sus elogios á las bestias, tanto mas, mal que le pese, engrandece la obra del Verbo, autor de todo, y aún los recursos del espíritu humano, que sabe añadir un nuevo realce á los dones de la naturaleza.

Ni aquí para tampoco; porque quisiera además persuadirnos, que las bestias han recibido la razon en patrimonio, ni mas ni menos que nosotros. Las hormigas, en su opinion, tienen conversaciones tiradas unas con otras; y los principios de las ciencias no les son absolutamente desconocidos. ¿Hay cosa mas ridícula que un sistema semejante en un Filósofo, que pretende ilustrarnos acerca de toda la naturaleza, y que está obligado á no enseñar sino la verdad, segun anuncia el título de su obra?

N. 85. Pero Celso no se avergüenza de insistir de esta manera: «Si alguien mirase á la tierra desde lo alto del cielo, ¿notaria alguna diferencia entre lo que hacen los hombres, y lo que hacen las abejas ó las hormigas?»

Yo supongo que este espectador no se contentaría precisamente con mirar los cuerpos, sino que tendria su principal curiosidad en descubrir el principio de las acciones de los hombres, y el de las hormigas: en cuyo caso no tardaria á reconocer, que el primero es la razon, y el se-

gundo no es sino un instinto ciego, un efecto de la misma organizacion. Por consiguiente quedaria convencido de la preheminiencia del hombre sobre toda especie de animales, así sobre los elefantes, como sobre las hormigas: porque la magnitud ó mole de los animales nada hace para el caso; por desmesurados que sean, no dexan de estar privados de razon; la qual es comun al hombre con los seres celestiales y divinos, y acaso con el mismo Dios (a); pues por eso se dice que el hombre fue hecho á imágen de Dios. Y así la razon de Dios ó su Verbo es tambien su imágen.

N. 86. y 87. Celso, siempre deseoso de envilecernos, asegura que las serpientes y las águilas penetran mucho mas que nosotros, y son mas sábias en la mágia, puesto que conocen muchos remedios contra el veneno y las enfermedades: mas esto ¿qué conexión tiene con la mágia? Ni la razon ni la inteligencia de estos animales han descubierto algunos secretos para su propia con-

(a) Hablando con exáctitud, ¿puede haber nada comun entre el Sér supremo, eterno, necesario, único Sér por excelencia, y la criatura, esencialmente limitada, defectuosa, dependiente, criada de la nada, y siempre próxima á volver á la nada? El carácter augusto de semejanza, que Dios se dignó imprimir á nuestra alma, es la facultad de conocer y de amar. Pero ¿quán imperfecta es esta semejanza entre los órdenes de conocimiento y de amor separados por medio de un intervalo inmenso!

servacion: todo ello es una consecuencia de su naturaleza y organizacion, de que es autor el Divino Verbo. Si hubieran hallado esos secretos por medio de la razon, no se limitarian á dos ó tres que nos citan; sino que tendrian conocimientos tan multiplicados y tan variados como el hombre, á quien la experiencia, la razon y la reflexion han enseñado todo lo que sabe.

N. 88. y 89. «Hay, continúa Celso, en el alma de las bestias algo de divino, que las hace superiores á los hombres. En efecto, ¿puede haber cosa mas divina que el conocimiento y prediccion de lo por venir? Pues ve aquí, que el arte de la divinacion está fundado precisamente sobre los conocimientos y pronósticos de las bestias, y en particular de los páxaros: por consiguiente las bestias conocen á Dios mejor que nosotros»

Segun habla Celso en este lugar, podía creerse que todo el mundo estaba conforme en lo que él dice: pero todo lo contrario; no hay cosa mas opuesta á las opiniones de los Filósofos Griegos y Bárbaros sobre esta materia. Todavía se disputa si existe realmente un *arte de la divinacion*, y en caso de que exista, cuál puede ser su principio.

Celso, pues, debía probar lo que afirma con tanta ligereza; debía responder á los argumentos de los que impugnan su sistema; y nó que al paso que nos reprehende, porque creémos con

demasiada facilidad en el Dios supremo, quiere que creamos sobre su palabra, que los páxaros tienen nociones mas ciertas y mas luminosas que nosotros acerca de la Divinidad. Tambien vendrá (esto es consiguiente) en que los páxaros están mas ilustrados que él, y mas que los Teólogos de los Griegos, Ferécides, Pitágoras, Sócrates y Platón. Segun sus principios, ¿qué va que nos quiere enviar á la escuela de los páxaros, primero que á la de los Filósofos, para formarnos sanas ideas de la Divinidad?

N. 90. hasta 95. Mas no puedo menos de hacer una observacion, que por sí sola bastaria para destruir este sistema, y negar á los páxaros todas esas sublimes nociones. La observacion se reduce á que si los páxaros predixesen verdaderamente lo por venir, no era regular que cayesen de continuo en los lazos que los hombres ú otras bestias les arman. Y si es que en el arte de los Augures y Arúspices hay algo maravilloso, todo eso lo atribuimos nosotros á los Demonios, que de continuo se emplean en seducir á los hombres y apartarlos del culto del verdadero Dios. Y así se puede ver que la mayor parte de los animales que Moysés coloca en la clase de inmundos, son cabalmente los que los Egipcios y otros pueblos supersticiosos consultaban en su divinacion (a).

(a) Pasamos en silencio ciertas particularidades acer-

N. 95. Pero el verdadero Dios, para revelar lo por venir, no se sirve de bestias, ni aún de hombres así como quiera; sino que escoge las almas mas santas y mas puras, les infunde su espíritu y de ellas hace los Profetas. Por tanto leemos en la ley de Moysés: *No tendréis augures ni arúspices entre vosotros, como aquellas naciones que el Señor vuestro Dios exterminará delante de vuestros ojos. El Señor os dará un Profeta de vuestra nacion. (Lev. 19. Deut. 18.)*

N. 96. 97. y 98. Por lo demás, ¿quién ignora que hay un conocimiento de lo por venir que no tiene nada de divino? Porque tal es el que resulta de la experiencia ó de los principios de ciertas artes: y así es que los Médicos anuncian los accidentes y el éxito de las enfermedades, y los pilotos prevenen las mutaciones del tiempo....

No contento Celso con elevar á las bestias á la clase de profetas, pretende además, que *son mas amadas y mas fieles á Dios que nosotros; que lo conocen; que mantienen con él un comercio mas íntimo que el hombre; que sus conversaciones son mas santas, y que observan religiosamente los juramentos: tales son, nos dice, los elefantes. ¿Puede llegar á mas el absurdo? De aquí se sigue,*

ca de la divinacion, porque los estaban infatuados, años interesan muy poco: á lo que la antorcha de la sumo servirian para hacernos verdadera Religion disipase ver las quimeras, de que así las tinieblas que cubrian la los Filósofos como los Puc- haz de la tierra.

ségun Celso, que las bestias son mas amadas de Dios que todos aquellos grandes Filósofos, á quienes elevaba no há mucho tiempo hasta los cielos; y que sus conversaciones son muy superiores á los diálogos de aquellos mismos Filósofos, de un Ferécides, de un Pitágoras, de un Sócrates, de un Platón. No es posible sino que Celso envidie la suerte de las bestias, de un dragón, por exemplo, de un lobo, de una zorra, de una águila, de un gavilán: y nos debe por cierto agradecer el que descemos que se les parezca.

No hay para qué detenernos á ponderar unas extravagancias semejantes: notarémos solamente, que aún los hombres mas sábios no pueden lisonjearse de que tienen comercio alguno con la Divinidad, mientras el vicio los domina. Una sabiduría verdadera y una piedad sincera pueden únicamente grangear al hombre esta ventaja inestimable. Moysés y los Profetas así la consiguieron.

Los rasgos de piedad filial y de reconocimiento, que se notan en algunas bestias, como por exemplo, en las cigüeñas, no son efecto de la razon y del conocimiento de la obligacion; sino que el Autor de la naturaleza ha formado y organizado sus cuerpos de manera, que sin saber lo que hacen, puedan dar á los hombres exemplos de virtud (a).

(a) Aquí sigue la fábula del Fénix, que Celso refie-



N. 99. »Luego no todo (así concluye Celso) »ha sido hecho para el hombre, como ni para »el leon, para el águila y para el delfin. Para »que el mundo fuese perfecto, los diferentes se- »res no debieron referirse á ninguna parte, á »lo menos en primer lugar, sino solamente al »todo: y de este todo es del que Dios tiene »cuidado, al que nunca abandona, el que jamás »se corrompe, y el que no tiene que reconci- »liarse al cabo de cierto tiempo. Dios no se irri- »ta mas contra los hombres, que contra los mí- »mos ó las moscas; así no hace amenazas, y ca- »da sér guarda el puesto, en que ha sido co- »locado.«

No responderé mas que una palabra. Ya he- mos probado en otra parte, que el mundo ha sido hecho para el hombre, para las criaturas racionales, y no para el leon, el águila y el delfin; de lo contrario el mundo, que es obra de Dios, no sería perfecto, como Celso preten- de que lo es, y con razon. Es constante que Dios cuida del mundo; pero cuida principal- mente de las criaturas racionales: su providen- cia jamás abandona al mundo; hace que desapa- rezca el mal que el pecado de la criatura ra- cional ha introducido, y se reconcilia el mun- do con toda seriedad; pero aún quando fuese una his- toria, nada probaria en fa- vor suyo, ni por eso ad- mirariamos al Fénix, sino á su Autor.

do en el tiempo que ha señalado. Nunca se eno- ja contra los micos ni contra las moscas; pero ha encargado á sus Profetas y al Salvador que vino sobre la tierra, que amenazasen á los hom- bres que violan la ley natural, á fin de que en- tren dentro de sí mismos y se corrijan. Los que desprecian sus advertencias y amenazas, padecerán los tormentos justamente decretados contra ellos por el Dios, que debe mantener el orden en el universo.

Harto me he dilatado en este quarto libro; ya es preciso finalizarlo aquí. Dios me ilumine, por medio de su Hijo, que es el Verbo Dios, la sabiduría, la verdad, la justicia, y todo lo que la Teología de las Sagradas Escrituras ense- ña; Dios, digo, me ilumine, para comenzar y finalizar mi quinto libro felizmente, y en bien de mis lectores.

*Fin del libro quarto de Origenes contra Celso.*